



Compañeras y compañeros:

Hace ya largos 47 años que un grupo de jóvenes tildados de rebeldes toman una decisión extraña para los días que vivían, esa decisión consistió en abandonar un lugar seguro y hasta cierto punto acogedor (porque el ejercicio del poder lo es) para aventurarse en la creación de una propuesta nueva en el panorama político chileno.

Los años finales de la década de los 60 son un periodo en abierta disputa entre dos bloques irreconciliables por el mundo, un periodo en que son asesinados los hermanos Kennedy, Luther King y Paris es remecido por los estudiantes, lo que no indica que la historia tiene sus curiosas maneras de remecer las mentes.

En Chile, vive sus últimos días el gobierno de Eduardo Frei Montalva y en Pampa Irigoyen una vez más, trabajadores humildes son asesinados por las fuerzas represoras del estado.

Así, el 18 de mayo de 1969. En el local de los trabajadores de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado, se constituye una nueva organización política en el panorama nacional y más tarde, el 1 de agosto de ese mismo año, en el Sindicato de Suplementeros de Santiago, se lleva a cabo la Asamblea Constituyente del Movimiento de Acción Popular Unitaria MAPU, con delegados de todo el país.

Eso es lo escrito.

Esa es la historia.

Este partido, que dio sus primeros pasos en locales de los trabajadores, ya no existe. De los nombres que allí concurrieron, poco sabemos de muchos..., demasiado sabemos de pocos.





Este partido que no existe, entregó en la época su mejor esfuerzo, hizo su mejor trabajo, aportó su más grande sacrificio por la causa de los menos iguales, los más sencillos como los denominó el poeta.

De este partido surgieron una pequeña legión de mujeres y hombres de todas las edades y de todas esquinas de nuestro país. Esa pequeña legión asumió como pocos el llamado de la clase a crear un mundo mejor, no para ellos, sino para sus hijos, y los hijos de sus hijos. Porque esa pequeña legión era generosa y no pensaba en sí misma, pensaba en que podía aportar cada mañana a la más grande causa iniciada el 4 de septiembre de 1970.

Y cuando esa causa se vio salvajemente truncada en un mes como ese tres años más tarde, pero un oscuro 11 de septiembre, no lo pensaron y siguieron en busca del sueño.

Sin importar el costo.

Y vaya que costo.

Decenas de compañeras y compañeros hicieron el sacrificio supremo, el más grande de todos.

El más sublime.

Honraron con sus vidas una promesa no escrita ni explicitada, la de construir una sociedad de más iguales, de más justos, de más fraternos.

Sabemos que cuando las grandes causas, las grandes gestas, como aquellas que las mujeres y hombres de este país quisieron llevar adelante aquel 4 de septiembre, conllevan sacrificios, esfuerzos máximos.

Eso lo sabemos.

Lo que no sabíamos, pero tal vez atisbamos y no medimos, era que los poderosos de la historia no estaban dispuestos a ceder un centímetro de





terreno para los campesinos, no querían entregar ni una herramienta de trabajo para el obrero, no cederían una humilde hoja en blanco para el estudiante.

No sabíamos, o no supimos saber, que no cederían nada. Absolutamente nada. Y para eso estaban dispuestos a cualquier acción, cualquiera, sin importar cuan salvaje y bárbara fuese, con tal de mantener sus privilegios.

En esa irrefrenable defensa del poder, es que un pueblo entero transitó por largos años un camino árido y terrible, el de una dictadura feroz, criminal, inhumana.

Dictadura que nos dejó un triste legado, del cual 26 años después, todavía no logramos desprendernos totalmente.

Esa dictadura, nos arrebató un grupo de compañeras y compañeros que cada día que pasa extrañamos más. Ellas y ellos ya no están con nosotros, los hemos denominado nuestros ausentes, pero ausentes solo de la materialidad de sus cuerpos.

Ausentes solo del goce de su compañía. Ausentes nada más que de la posibilidad del momento compartido en una mesa. Tal vez de algunas cosas más.

Porque ellas y ellos siempre estarán presentes.

Estarán presentes todos y cada uno de los días que nos reste de vida en nuestras memorias. Estarán presentes en cada acto de reparación y justicia necesaria que se haya logrado y que se logre en el futuro. Estarán presentes en nuestros relatos en cada ocasión y lugar que podamos devolverlos a la vida.

Cada vez que nos reunamos a compartir, estarán presentes.

Cada vez que tengamos la ocasión de hacer algo por los demás, estarán presentes.





Cada vez que sea necesario esforzarse por un mundo mejor, estarán presentes.

Cada vez que seamos felices, que estemos tristes, que reflexionemos en un momento de paz, que acompañemos a un niño a su primer día de clases, que sembremos una semilla, que desfallezcamos por cualquier motivo, que terminemos una labor bien hecha..., estarán presentes.

Si, estarán presentes porque su sacrificio fue un acto ético y moral que debemos mantener y preservar siempre.

Son el recordatorio de los esfuerzos pendientes por una sociedad mejor, con mejores mujeres y hombres en todos sus rincones y ese recordatorio no debe tener pausa, nos asiste el deber que no tenga pausa.

Por eso es que hoy nos juntamos fugazmente en este lugar.

Somos algunos, queríamos ser 100 mil. Pero los números tal vez no importen mucho. Si importa lo que hagamos. Importa mantener la tarea impuesta hace unos años, importa la perseverancia.

No importan los obstáculos ni las fatigas. Importa que cada año avancemos en la tarea de la memoria. Importa la prolongación en nuevas generaciones del legado de nuestros Ausentes Presentes.

Y aunque sea fugazmente, hoy, en esa ruta que nos hemos trazado, queremos recordar a un compañero caído en este lugar hace ya 41 años.

Queremos recordar a CARLOS CARRASCO MATUS, quien fuera detenido un 14 de marzo de 1975 y nunca más regresara a casa.

Carlos, quien fuera militante del MAPU, vicepresidente del Centro de Alumnos del Instituto Comercial N°5 de Santiago, se vio arrastrado a este lugar de martirio y su rastro se pierde en la oscuridad de la dictadura.

Quién sabe si alguna vez sepamos donde esta Carlos.





Pero si sabemos que a pesar de los oscuros momentos por los que tuvo que pasar, fue capaz de mostrar humanidad y compasión. Si sabemos que tuvo temor, pero que se sobrepuso al temor o convivio con él y entrego lo que estuvo a su alcance.

Así lo indican todos los testimonios.

Carlos es hoy un compañero al cual extrañamos, quisiéramos que estuviera entre nosotros, que compartiera un rato con sus compañeros. Sin embargo, Carlos no está.

Pero nosotros nos ocuparemos de mantener su nombre y su memoria y mientras eso sea, Carlos también estará por ahí, en un banco de una plaza, bajándose de un bus, bebiendo una taza de café.

Carlos, haz de saber que no te olvidaremos, haz de saber que tal vez alguien perdone y alguien no, pero no caerá sobre ti el olvido.

No caerá el olvido sobre ninguna compañera, sobre ningún compañero.

No caerá el olvido para ninguno de nuestros Carlos, nuestros Albertos, nuestras Elizabeth, nuestras Cecilias, nuestros Lucios y tantos otros nombres que cada año en fechas como esta ponemos en primer lugar porque así lo hemos dispuesto.

No caerá el olvido porque es un imperativo moral y es una tarea pendiente.

Porque ese es nuestro compromiso...

No caerá el olvido..., No caerá el olvido...No caerá el olvido

